

Luci

Óscar Bribián

El grito rasgó la pintura de las paredes como un inesperado terremoto.

La comadrona se negaba a acercar sus manos a la oscura cabeza del engendro que brotaba estridente del útero de mi mujer. El médico llegó después, alertado por las enfermeras. No podía explicarse cómo el parto se había adelantado tanto, pero la realidad era incuestionable, y terrorífica. Nadie quiso acercarse a recoger al bebé. Por suerte yo estaba allí y ayudé a salir a aquella especie de lagarto escamado, rojo como un atardecer. Retiré la oscura placenta y ofrecí nuestro retoño a mi mujer. Ambos nos mostrábamos encantados, pero el personal del hospital no compartía en absoluto nuestra felicidad.

Luci fue un regalo del infierno. Habíamos rezado mucho a nuestro Dios para que nos ofreciese un descendiente digno de nuestras creencias esotéricas. Incluso llegamos a sacrificar tres cabras la semana anterior al alumbramiento. Cuando lo veíamos en la urna, nervioso tras la sesión fotográfica con que los periodistas lo obsequiaban cada amanecer, nos sentíamos los padres más felices del mundo. Hubo un médico que incluso nos ofreció acabar con la vida del niño si estábamos de acuerdo. ¡Qué disparate! Existen tantas parejas con bebés clónicos, niños pánfilos que solo saben jugar al fútbol y entretenerse con videojuegos durante sus primeros años. Criaturas bellas e inocentes como los querubines de las iglesias. Nosotros, en cambio, éramos afortunados. Nuestro hijo era único. Y mientras su madre soportaba los afilados colmillos en sus pezones, ambos veíamos crecer sus alas día tras día, al principio no más grandes que la palma de mi mano, membranosas como las de un murciélago gigante.

Los familiares que nos visitaban para ver al bebé quedaban horrorizados. Les resultaba imposible adular a nuestro descendiente. Ningún comentario sobre qué criatura tan linda, qué ojitos más claros o qué bracitos para comérselos. Al contrario.

Todos permanecían mudos al verlo por primera vez en el interior de su jaula de madera, que yo mismo tallé. Ni tan siquiera acercaban sus manos a la carita de nuestro ángel draconiano por miedo a recibir una dentellada. La abuela de mi mujer fue la primera en contemplarlo. Sujetó con tanta fuerza el rosario que pendía de su cuello que el collar se quebró como una vara seca. Después se desmayó sobre la moqueta.

Los médicos practicaron interminables pruebas analíticas a nuestro retoño. Descubrieron, entre otros detalles, que su sangre era más espesa y su corazón más grande de lo habitual. Explicaron que su piel escamosa podía ser el resultado de una sobresaliente afección cutánea producida por una enzima desconocida, aunque no daban crédito a la extraña coloración de la piel o a las alas que crecían desde la espina dorsal. Hallaron además dos datos de menor importancia para nosotros, aunque no menos curiosos: nuestro bebé era alérgico a las manzanas y a la luz diurna. Claro que esto no supuso ningún problema en nuestro paraíso de noventa metros cuadrados. Paulatinamente nuestro niño comenzó a gatear y a revolotear torpemente por los pasillos, en una casa cegada e iluminada por decenas de velas y candelabros. A veces creías haberlo perdido y lo encontrabas en un rincón bajo la encimera o en lo alto de una estantería. Yo me preocupaba de llevarle ratones y polluelos vivos que arrojaba sobre su cabeza, y él los capturaba ágilmente en el aire y los devoraba con fruición en el interior de su jaula. Dormía durante casi todas las horas del día, pero al caer el sol sus ojitos cobrizos se abrían de par en par como dos oscuros relojes.

La desgracia llegó un anochecer. Nuestro pequeño engendro quiso dar un bocado del apetitoso yogur de manzana que su madre saboreaba junto a la jaula, mientras le contaba leyendas nórdicas para despertarle. Yo me negué rotundamente a que el niño probara aquel manjar lácteo. Pero mi mujer insistió en que una cucharada no le haría daño, máxime teniendo en cuenta que apenas quedaban trocitos de manzana en el vaso. Así pues, acercó una cucharada hasta sobrepasar el límite de los barrotes de madera, y nuestro hijo se incorporó y probó aquel yogur que a la postre resultó su ruina.

Al cabo de media hora descubrimos con espanto que el Anticristo que pendía de una pared del salón tenía las manos sobre la cabeza y la boca abierta como si gritara con

todas sus fuerzas. Antes de llegar el nuevo amanecer, nuestro niño había perdido su color rojizo y mudado su piel como una crisálida. Las alas se le habían desprendido igual que dos pétalos marchitos, y tenía el indeseable aspecto de un niño normal. Hasta sus dientes habían menguado sorprendentemente y los ojos eran de un azul claro, como los días que con tanto empeño habíamos evitado mostrarle.

En un principio mi mujer y yo caímos abatidos en la tristeza. Yo la culpé por convencerme de que aquel estúpido yogur era inocuo y ella se escudó en que yo no hice lo suficiente por impedírselo. Al final los dos resultamos culpables. Así lo reconocimos ante el crucifijo volteado del dormitorio. Yo traté de resolverlo comprando un bote de pintura roja y algo de masilla. Quizás no podía engañarme a mí mismo, pero sí a los familiares y periodistas que visitaran a la criatura en adelante. Sin embargo, comprendí que no era buen escultor ni pintor, y el fraude resultaba demasiado palpable.

Finalmente decidimos ahogarlo. Sumergimos su cuerpecito, débil y de piel suave, en el agua fría de la bañera. Al principio pataleó un poco y abrió sus ojos claros, mirándonos como si quisiera maldecirnos desde el Cielo, hasta que emergió exánime en mis brazos, con los ojitos cerrados como un querubín dormido en una cuna de mimbre. Mi mujer y yo nos miramos cómplices. Nos habíamos deshecho de una carga. Nunca nos gustaron los ángeles.